



veces parece que se esté perdiendo el generoso y entregado don de admirar.

Se ha hablado mucho ya en estas columnas de J. V. Foix. Mucho, yo misma, de la perfección y la originalidad avasallora de sus procedimientos, su verso y su lenguaje; y poco de su personalidad que, se sepa o no, se busque o no, es siempre lo que en la obra de un autor se encuentra. Todos sabemos que de las personas bien dotadas para las letras, unas son, ante todo, creadoras, otras receptivas. A menudo, los creadores son refractarios a lo que no se les parece, algunos vivieron en un mundo estrecho. Inversamente, muchos de los grandes catadores (o gozadores) son meros diletantes que ni siquiera han intentado la crítica. Cuando la facultad de crear y la de asimilar se dan en el mismo grado, cuando la curiosidad, además, rebasa el recinto de las letras y quiere sumirse en la vida (y entenderla para gustarla, o gustarla para entenderla) y se asoma también a las ciencias, se tiene el temperamento goethiano, cuyos frutos nunca serán insípidos. (Y aunque se trate aquí de una postura intelectual, no está de más, al hablar del temperamento goethiano de Foix, recordar que, durante la más larga parte de su vida, Goethe les pareció a sus contemporáneos una personalidad efervescente.) Un inmenso deseo de abarcar toda experiencia y entenderla, de reunir lo clásico y lo barroco, lo mediterráneo y lo gótico, la claridad de la atmósfera y la mente y la oscuridad de lo profundo, lo estético y lo religioso, el universalismo y lo entrañablemente propio, lo nuevo y lo viejo, el deporte y la indolencia; una voluntad de heredar y resumir la historia, un esfuerzo constante—si esfuerzo puede llamarse—, de realizar entre contrarios síntesis fugitivas, inestables y quizá sólo en el pensamiento inefable perfectas; pero embriagadoras v. en el instante de su per-

Foix, al que, realmente, nada es ajeno. Humanismo «de aire libre», tan distinto como se pueda imaginar del que no absorbe alimento sino pasado por polvo de libros.

Siempre Foix es el mismo, se presente en lacónica desnudez o revestido, como una roca submarina, de la flora rara de las semejanzas; ese ser cuya tensión vital es tan fuerte que «se diría—dice Badosa—que hasta el dolor es vivido jubilosamente». Por eso, su poesía se comba y se mueve al soplo de la íntima riqueza, pero no ondea a todo vienteillo. Foix no es en ningún momento un poeta que vaya a tientas por su propia poesía; las dificultades que presenta son todas de primer contacto.

Una nota breve es completamente inadecuada para comentar cualquier libro de Foix, a mayor razón una selección de su obra completa. Pero aquí sólo se trata de invitar a leer a uno de los mayores poetas catalanes; el comentario lo ha hecho Enrique Badosa de modo insuperable. Para sus versiones, ha escrito una introducción de treinta páginas, rebotante de inteligencia, de ponderación, de amor a su tema. Y si treinta páginas sabiamente aprovechadas siempre son campo suficiente para un estudio de alta calidad, aquí se ha realizado una verdadera labor de mosaico para, con primor infatigable, dar su sitio a todo matiz, todo detalle. Antes de leer los primeros versos, el lector se sentirá ya muy próximo a Foix.

Para sus traducciones, Badosa ha seguido la norma hermosa y ardua de imitar la forma del poema, manteniéndose, al mismo tiempo, estrictamente fiel al texto. «No he traducido por aproximación. No me interesa—aunque Foix sea un poeta tan impregnado de «contenido»—escribir unas variaciones poéticas mías sobre temas de J. V. Foix.» Este método exigente, que en una traducción de Foix me parece obligado, presenta dificultades enormes; pero, en los momentos en que se alcanza la coincidencia perfecta, conserva el aliento mismo del autor.

*Juntos éramos uno en la senda inmortal
el hálito indiviso, el viento de las eras...*

P. CRUSAT

POESIA

J. V. Foix, traducido ya a varios idiomas extranjeros no había sido aún vertido al castellano. Enrique Badosa ha acometido la ardua y honrosa empresa (1). Es siempre una hora feliz en las letras cuando un poeta maestro ya reconocido él mismo, pone su arte al servicio de otro para darle difusión. En primer término, porque el resultado será así el mejor; y además, porque versiones hechas con tanto amor como ésta, de un poeta de tan difícil traducción, requieren abnegación, son un acto de fervor que tonifica el alma del que lee, en esta época en que a